

## Fines y medios o males mayores y menores

La vida comunitaria es un fin en sí mismo, el auténtico fin de la política, para Maquiavelo. Pero ello no implica que la libertad individual no lo sea. La diferencia entre lo público y lo privado es que el primero es un fin en sí y el segundo es un medio, no porque uno valga más que el otro, sino porque uno es el requisito lógico del otro.

Esto determina que el criterio con que Maquiavelo evalúa la ética de los actos políticos no es que el fin justifica los medios, tal como dice la interpretación de Maquiavelo como maquiavélico, sino que los males menores evitan los males mayores. El mal mayor es la destrucción de la comunidad política. Y lo es porque con ese acto no sólo cae la comunidad en cuanto tal, sino con ella todos y cada uno de los individuos privados, todos sus fines y metas, todas sus felicidades, todos los proyectos de vida propia que caben en una comunidad política, porque sólo ésta los hace posibles.

Esto determina que el gobernante o el buen ciudadano deben saber hacer el mal cuando la situación lo requiera. Y lo requiere cuando haciendo el mal se evita un mal mayor. Ese mal que se realiza es siempre un mal menor frente a otro que —mediante un cálculo de probabilidades acerca de las consecuencias, basado en Maquiavelo en la historia, que en tanto enseña lo que ha ocurrido es la madre de la vida— sobrevendrá en caso de no actuar de otro modo. El hecho de que Maquiavelo plantee el problema en términos de males menores y males mayores evidencia que no hay en él una transvaloración de los valores. Maquiavelo no llama al bien mal, o al mal bien. Lo que hace es aceptar, como dato ineludible de la experiencia, que un mal puede evitar una catástrofe mayor, y en ese sentido, un mal puede traer un bien (y viceversa). Lo importante aquí es que Maquiavelo lamenta o condena ese acto malo que evita un mal mayor. No lo celebra, no lo atribuye a una inteligencia sagaz, que lo sería precisamente por estar desprendida de todo reparo moral. Por eso se lo ha llamado «un cristiano republicano»<sup>15</sup>. Lo que ocurre es que lo condena pero no absolutamente. Si así no lo hiciera, no podría recomendar su realización. La ética de Maquiavelo no es absoluta, ni de convicciones de conciencia, como diría Weber.

El criterio según el cual el fin justifica los medios difiere del antes expuesto en lo central: no condena el medio malo, sino que éste queda legitimado en virtud del valor del fin. La bondad del fin se traslada al medio. El que se

<sup>15</sup> La expresión pertenece al historiador Carlos Floria y corresponde a un texto que formó parte de la VI Conferencia de la Unión Industrial Argentina, Mar del Plata, 11/13 de octubre del 2000.

guía por este criterio es, cuando menos, indiferente respecto de los medios y, en el peor de los casos, los celebra. Es un modo de restituir la racionalidad ética al mundo, pues al convertir el medio malo en bueno, resulta que el bien lleva al bien. Es, mejor dicho, una racionalización del mundo<sup>16</sup>.

En definitiva, lo que Maquiavelo comprueba es que la ética clásica es buena y loable para ser un buen individuo privado, pero que no sirve para ser un buen gobernante o un buen ciudadano. Lo que vale en el ámbito privado individual puede ser un antivaleo en el ámbito público. Por lo tanto, hay que elegir entre ambas formas de vida buena. O se salva el alma o se salva la ciudad. La incompatibilidad entre estas dos éticas no es sólo práctica, sino lógica, porque o uno se dedica a seguir unos valores o a seguir otros que son incompatibles con los primeros (humildad o fuerza; humanitarismo o defensa de la propia comunidad). O se es un buen individuo privado o se es un buen ciudadano. Para Maquiavelo una elección honesta, consecuente, se inclina por salvar la ciudad, porque sólo en una ciudad salvada puede alguien pensar en salvar su alma.

### **¿Qué significa el buen obrar individual en política?**

La reflexión de Maquiavelo fue, es y sigue siendo conflictiva para la tradición occidental debido a las exigencias que la ética política plantea a lo personal, a la propia subjetividad, en la medida en que ésta se encuentra moldeada por la ética clásica. Para la ética política, en tanto da primacía a los intereses de la comunidad sin anular lo personal-individual, el valor ético individual se mide en la capacidad de ponerse al servicio de lo comunitario, de hacer un mal para mí en pos de un bien para otros. Esto choca con la tradición occidental, que identifica el buen obrar individual con la pureza o integridad de conciencia. Para esta tradición, resulta difícil entender el sentido ético de una acción individual política a la luz de los fines de la comunidad política.

La multiseccular identificación entre ética y ética individual, y la de ésta a su vez con la integridad de conciencia, es la herencia clave de la ética clásica, y su pervivencia, el signo de una hegemonía.

<sup>16</sup> Aunque afirma que Maquiavelo no llama bien al mal y que no recomienda la práctica sistemática del mal sino sólo por necesidad, no obstante Isaiah Berlin, para explicar el criterio ético-político de Maquiavelo, utilizará la expresión de que el fin «excusa» los medios o de que «al juzgar los medios ve solamente los fines» (p. 124). Tal vez se trate de un problema terminológico y no conceptual, pero se cree poder afirmar que tal expresión («el fin justifica los medios») no representa cabalmente el criterio ético de Maquiavelo ni la interpretación que Berlin hace del florentino.

La autopostergación de la integridad ética individual que exige la ética política no brota de un deseo personal de heroísmo, ni de una preferencia individual por el mal, sino que emana de una exigencia objetiva de la política como actividad, pues uno de sus rasgos distintivos –al menos históricamente hasta hoy– es ser una forma de ejercicio del poder. Y poder significa violencia y coacción, física y espiritual. Si la política es poder y violencia, se vuelve lógicamente incompatible salvar el alma y salvar la ciudad. Para la ética clásica tal autopostergación no puede constituir una acción individual moral, pues impide a ésta ser pura o plena. Es una ética de todo o nada.

La autopostergación ética individual no ha sido divisada con claridad en la ética clásica en la medida en que ésta no ha entendido el poder como violencia, sino exclusivamente como acción de guía de otros en pos de su propio bien. La ética clásica niega menos que la política sea poder que el hecho de que éste implique violencia y coacción física y espiritual. En la corriente aristotélico-ciceroniana, el poder político ha sido entendido como un fenómeno natural y en pos de la virtud de otros, de todos (Aristóteles), o como algo que no exigía al gobernante más que ejemplaridad (Cicerón), dado que el poder cumplía un papel pedagógico respecto de los individuos. En la tradición cristiana, el poder, incluso cuando es asociado a la violencia, se diluye en el amor al prójimo: el gobernante debe ejercer el poder, incluso violento, sólo por el mandato de situar a los individuos en el buen camino. La violencia que pueda causar a los individuos es por el propio bien de éstos, y por tanto la violencia se disuelve en el amor que la motiva. En ningún caso el poder es visto como violencia en el sentido de una dominación, de obligar a otros a hacer aquello que no necesariamente desean, incluida la puesta en juego de la propia vida física. La ética clásica no reconoce la violencia como tal, que sea eso y no otra cosa (amor, educación, bien del individuo).

En tanto el poder no es visto por la ética clásica como violencia, la noción de que el gobernante puede alcanzar la integridad ética individual no encuentra dificultades para imponerse. Los creadores de la ética política como Weber, que parten de constatar la experiencia histórica de que la política ha estado hasta ahora asociada siempre al ejercicio del poder, y que este poder es violencia física y espiritual, señalan que esta actividad estructuralmente exige un precio en términos de ética individual interior a quien la desee ejercer. De ahí que no se planteen el buen obrar individual en política en términos de integridad o pureza, pues la consideran imposible por definición (incluso aquel que realizara la paz lo conseguiría a través del poder violento y obligatorio del Estado). Lo que se plantean es un buen

obrar en otros términos, distintos de los de la ética clásica. En ningún caso lo que se plantean es olvidarse del buen obrar, por eso no separan ética y política.

Weber parte de que la acción individual del que hace política puede ser buena, pero es imposible que sea íntegramente buena, pues opera con el Estado, que implica poder y violencia. En este sentido, el mal que genera un bien (la violencia estatal produce vida comunitaria) está inserto en la estructura de la política como actividad. Maquiavelo, en cambio, no hace esta reflexión explícita acerca de la violencia estructural del poder político y su impacto en el buen obrar individual del político, pero sí comprueba que existe una alta probabilidad de que el político tenga que hacer el mal para alcanzar un bien, el de la comunidad. Así es como llega a la conclusión de que no hay posibilidad de que se dé una integridad ética individual en el político, sino sólo parcial, pero política.

Más allá de la diferencia entre ambos pensadores en cuanto a lo estructural de la presencia del mal en la política, lo que los une es la concepción de que el mundo es irracional en términos de valores, es decir que el bien y el mal están indisolublemente ligados y mezclados, formando un continuo que escapa a la voluntad del que obra. Tal como el bien absoluto, el mal absoluto tampoco se podría llevar a cabo, porque una acción mala puede traer algo bueno. Puede haber deseo de buscar el mal, pero tampoco en ese caso el que actúa puede asegurar el resultado que quiere (el triunfo del mal).

La ética clásica cree en una única y verdadera ética humana, que tendría lugar también en la política si la lucha por el poder cesara, lo cual permitiría que se abriera camino un mundo sin dominación y sin violencia, éticamente reconciliado: el auténtico mundo de la humanidad<sup>17</sup>. Para la ética clásica

<sup>17</sup> *La ética clásica, entendida como estilo de pensamiento, es monista y armónico. Monista porque cree que existe un conjunto de valores objetivos —y no muchos, creados y en lucha— que son los auténticos del hombre, que aplicados aportarían la solución final para los problemas humanos. El armónico se caracteriza porque: a) no distingue entre el ser y el deber ser; b) presupone que lo deseable debe realizarse, y que lo no deseable no puede ser; y c) concibe que todo lo deseable es coherente, debe armonizar porque es bueno. Un ejemplo de armónico y de monismo sería la concepción clásica de la verdad, lo bueno y lo bello como entidades buenas en sí, coherentes y objetivamente deseables para el hombre. Otros ejemplos serían «orden y progreso» o «libertad, igualdad y fraternidad».*

*La no correspondencia entre estilo de pensamiento e ideología política se muestra una vez más en que pensadores como Marx, tan alejados ideológicamente de los representantes de la ética clásica, sin embargo comparten un estilo de pensamiento al menos en lo referido a la ética y la política. Marx, pese a enfatizar la violencia propia del Estado, al pensarla como exclusiva violencia de clase, puede llegar a la conclusión de que tarde o temprano se abrirá paso una sociedad en la que esa violencia estatal será superflua precisamente porque se alcanzará una reconciliación humana sobre la base de unos determinados valores compartidos.*

*Con «estilo de pensamiento», vale aclarar, se alude a la manera de pensar un problema, a las categorías que organizan el modo de representarse la cuestión, más que al contenido*

sica, puede existir una política que no implique violencia, dominación y coacción. El mal debe su existencia a una política entendida como lucha por el poder, pues si se pusiera en práctica la auténtica política, la que prescinde del poder y de la lucha para dedicarse a realizar los verdaderos valores humanos, el mal sería superfluo.

Según la ética clásica, la existencia de otra ética no se debe a la irracionalidad ética del mundo, sino a que se convierte la política en mezquina lucha por el poder. Y el poder, para la ética clásica, no es consecuencia de la pluralidad de valores, el momento de elección entre fines diversos y, por tanto, de imposición de unas voluntades sobre otras, sino fruto de la ambición humana de disfrutar de la dominación sobre otros. Como tal, es suprimible, basta con que se difunda una determinada ética, la clásica, la que reconcilia al individuo con su humanidad.

De todo este planteamiento surge que la ética política no tendría nada que decir sobre el buen obrar individual ni herramientas para pensarlo, sino sólo recomendar su supresión en pos de lo colectivo. Según la ética clásica, la operación de racionalización que produce la ética política se muestra en el criterio que echa a rodar: el fin (el mero disfrute del poder, que es además suprimible) justifica los medios (el mal).

Si se parte, en cambio, de la irracionalidad ética del mundo, la relación de la ética política con el buen obrar individual se transforma. Si el mundo es éticamente irracional, el buen obrar no puede cifrarse en la bondad de la acción sin más, sino que tiene que tomar en cuenta las consecuencias políticas que ésta trae. Lo cual obliga a integrar el mal en el buen obrar, siempre que ello sea el resultado de una honesta búsqueda del bien de la comunidad política (sea como bien, sea como evitación del mal mayor) mediante un cálculo honrado de consecuencias probables. Porque el bien entendido a la manera de la ética clásica –es decir, como acción que cumple con determinados principios considerados éticos y en la certeza de que por ser buena lleva al bien–, no se ajusta al mundo terrenal, en el que el bien también puede llevar al mal. En ese sentido, puede afirmarse que ese bien de la ética clásica carece de realidad efectiva, y por tanto es infructuoso como criterio de acción para encontrar el buen obrar político, y su papel positivo, en la medida en que forma parte de una herencia cultural y de pensamiento que ha dejado profundas huellas, cabría circunscribirlo al de ser un interlocutor polémico para pensar, edificar y redefinir la ética en el ámbito de la política.

*concreto de conceptos con el que se lo resuelve. En el caso de los valores, por ejemplo, el estilo se define por ser objetivista o no objetivista, más allá del contenido concreto o fuente que cada reflexión asigne a esa objetividad (historia, naturaleza, razón, Dios). Véase Karl Mannheim, Ideología y utopía, Madrid, FCE, 1997, passim.*